

poternas y defensas, nada nos indicaba ya que estuviésemos en una plaza fuerte. Tras una triple hilera de cañones y aislada del resto de España por el bandolerismo y la guerra civil, la brillante juventud barcelonesa tomaba el sol en la Rambla, largo paseo plantado de árboles y de casas como nuestros bulevares. Las mujeres, bellas, graciosas y coquetas, no se ocupaban más que de los pliegues de sus mantillas y del aleteo de sus abanicos. Los hombres, fumando, riendo, hablando, flechando a las damas, comentando la ópera italiana y sin preocuparse de lo que pasaba más allá de las murallas. Pero cuando llegaba la noche y se cerraba el teatro, y se alejaban mudas las guitarras, la ciudad quedaba entregada a los vigilantes paseos de los serenos, y sobre el monótono ruido del mar no se oían más que los siniestros gritos de los centinelas y los disparos de fusil, más siniestros todavía, que a intervalos desiguales se dejaban oír en casi todos los puntos del recinto, cerca unas veces, lejos otras, instantáneos o continuados, sin cesar hasta las primeras horas de la mañana, en que todo quedaba en silencio y los burgueses dormían profundamente, mientras el puerto despertaba y la marinería empezaba a agitarse. Si alguno osaba preguntar durante el día qué eran aquellos terribles y extraños ruidos de la noche, se le contestaba sonriendo que a nadie le importaba y que no era, además, prudente averiguarlo.»

\*

Dos años más tarde, «Stendhal» escribe en una carta: «Yo no puedo pensar en otra cosa que en los acontecimientos de Barcelona».

Es una carta muy recientemente publicada. Va fechada en Civita-Vecchia en el 1840, y su destinataria es su amiga doña Eugenia Guzmán y Palafox, condesa de Teba, madre de dos otras pequeñas «amigas de catorce años», como les llamaba el propio «Stendhal». «Stendhal», con lo «snob» que fué toda la vida, hubiera dado cien mil vueltas al tema en sus cartas a su amigo Di Fiore si llega a presumir que estas niñas iban a subir tan alto. La mayor, Paca, iba a ser la duquesa de Alba, y la menor, Eugenia, emperatriz de los franceses. Nada más ni nada menos.

En esta carta, «Stendhal» sigue su estilo tan curioso y tan inteligente. Aparentemente confuso y embrollado, tira unos dardos a la revolución española, que ya entonces, después de Fernando VII, asomó la cabeza. En ella define, sin proponérselo, su pensamiento político, puro quietismo, al decirle a la española: «Hace ya mucho tiempo que he visto que todo Estado que cambia de Gobierno se proporciona disturbios para cuarenta años». Luego, recordando y manifestando su orgullo al entrar con Napoleón en Berlín (1806), dice: «El Paseo de los Tilos por donde él entró es como la Rambla de Barcelona.»

Es una carta ligera, variada, hecha para distraer, consolar y divertir. Por esto choca tantísimo con la carta siguiente (de entre las que con tanta dificultad se han recuperado), que es la que «Stendhal» dirige a Honorato de Balzac, y por verdadero azar han llegado incluso los borradores. La carta a Balzac es torturada, rehecha, ensayada hasta lo indecible por uno de los mejores escritores de la Humanidad y que además escribía, corrientemente, de primera intención, de «premier get», como él mismo decía. «Stendhal», cuya gloria tenía que eclipsar la del propio Balzac, dirige en aquel momento al novelista a la moda, al ídolo de Francia, una carta como de tímido principiante, agrade-

ciéndole de una manera excesiva y casi lamentable un artículo que Balzac escribiera sobre «La Cartuja de Parma». «Yo pensaba no ser leído hasta el 1880», le dice, como extrañándose de que en 1840 un lector se hubiese fijado ya en él...

En esta misma época, «Stendhal» quería ir de cónsul a Cartagena. España le atraía. Y si en sus escritos habla poco de ella, cuando lo hace subraya siempre la dignidad, la entereza y la valentía de sus habitantes. Conoció sólo Barcelona y casi de paso. Viaje rápido, tránsito como el de la «George Sand», tan romántica y tan inferior a él como escritora.

\*

Y si estas cartas de «Stendhal» de poco más de un siglo han sido hasta hoy desconocidas, le pasa lo contrario a las páginas de José Plá consagradas a aquella misma Barcelona, y que, acabadas de aparecer, conocen ya por centenares los lectores.

En su libro *Rusiñol y su tiempo*, el gran escritor Plá consagra un capítulo, «Barcelona de ayer y anteayer», que refleja esta ciudad de la Rambla de mediados del siglo, como quizá no le supere ninguna otra obra de arte sobre el tema. Poética, sentimental y finísimamente irónica, sale de la pluma de Plá una Barcelona tierna, a veces airada y algo cursi, pero sin la cual no se hubiese podido levantar la mejor y mayor ciudad del Mediterráneo moderno.

El enfoque de Plá arranca en lo inmediatamente posterior a los vistazos de «George Sand» y «Stendhal». Parte del fin de la llamada segunda guerra civil, y ya asoma en el horizonte el Cánovas político que traerá la Restauración. Todo se tranquiliza y, ya más adelantado el período, Plá presenta esta Barcelona, donde el Liceo y sus Ramblas eran la apoteosis, de esta manera:

«Esta Barcelona de la Restauración, que fué la de la juventud de Rusiñol, fué una pura delicia, un auténtico encanto. Y no digo esto ahora por aquello de que cualquier tiempo pasado fué mejor no. Lo digo porque todos los testigos de la época están conformes en afirmarlo. Barcelona es hoy una barahunda entre cosmopolita y murciano-aragonesa. Barcelona entonces era una ciudad de barceloneses. Todo el mundo se conocía. La gente se franqueaba, se amaba, se hacía compañía. El cese de las luchas fratricidas, la instauración de la paz, apretó todavía más el haz de la ciudadanía. La vida era barata, cómoda, de una gracia infinita.»

Ya a las postrimerías de Rusiñol, cuando yo le alcancé a conocer, fué en la Rambla. Se le veía todas las tardes en la librería de López o en el Lyon d'Or. Estaba totalmente blanco, lleno de ceniza, y su aspecto general, como dice Plá, era el de un «clochard». Acababa de dar el tono a la Rambla que tan cerca de hoy—y tan lejos en lo moral—conservaba todavía resabios del tiempo viejo. Plá, a través del escaparete de la librería donde Rusiñol tiene su tertulia cada tarde, ve la Rambla así:

«Detrás de los cristales pasa la barahunda de la Rambla. Cuando se cierra la puerta, el ruido sordo parece amortiguado un momento. Cuando se encienden las luces en otoño, mientras flotan en el aire los oros del crepúsculo, la Rambla es un sueño.»

Hoy la Rambla también es un sueño. Pero sólo un sueño. Y nada más.



La Rambla en 1884